



por Juan Manuel Vial

Genio y bajeza

Ya se ha vuelto todo un género. Testimonios familiares que muestran la cara oculta de la luna de figuras geniales y famosas. Ahora le toca a Pablo Picasso.

La autora y su adorado hermano Pablito ("Tenemos los mismos sueños, reímos al unísono, tenemos los mismos impulsos, las mismas actitudes, vivimos los mismos misterios. Somos una copia idéntica. No podemos vivir el uno sin el otro. Somos siameses. Nada nos separará"), fueron los únicos familiares que el artista malagueño nunca incluyó en su obra. Pablito murió el mismo día que enterraban a su famoso abuelo: agonizó tres meses en una modesta clínica luego de haberse bebido un frasco de lejía que le quemó las criñetas. Marina, por su parte, sobrevivió a una existencia maldiciendo por la satánica figura del abuelo Picasso. Entre otras cosas, para escribir este crudo testimonio, "¿Cómo pudo expulsarnos de su paleta cuando nosotros íbamos a visitarle a La Californie, íbamos a verle a su castillo de Vauvenargues, estábamos a su lado en tantas y tantas comidas? ¿Acaso éramos transparentes? ¿Bastardos?". Al párrafo siguiente una probable respuesta, dura de asumir para dos niños menores de 10 años: "Fruto de un padre decepcionante y una madre escandalosa, nuestra existencia molestaba a su pequeña persona y a su gran egoísmo. Perturbábamos su genio, su nirvana de pintor".

Más que un ajuste de cuentas, más que sanguinolentos vómitos de rencor, *Picasso, mi abuelo* es un libro de noble expiación. Marina Picasso ha tenido la valentía de tejer con uñas limpias el recuento de su vida miserable. Y además -aquí el porqué de mis reverencias-, sin tentarse a rozar la más repelente costra del género testimonial: esa autoconspicua plañidera tan de moda en estos días, especialmente entre

plumas femeninas. Actuando con una inmensa misericordia para con sus lectores, Marina se abstiene, por ejemplo, de pormenorizar los catorce años de psicoanálisis que necesitó para superar el trauma de ser la nieta no amada de Picasso. Jamás se percibe en su ánimo la intención de ahogar al lector en una niebla de pestilentes

recuerdos aderezados con vagas, intrascendentes y muy libres asociaciones. "Catorce años perdiéndome entre mis lágrimas, desmayándome, gritando, retorciéndome de dolor, rememorando paso a paso el hilo del tiempo, reviviendo lo que me había destruido, callando, balbuceando y por fin expresando todo lo que aquella niña, adolescente después, había sido en lo más profundo de sí misma... todo lo que la había atormentado. Catorce años de felicidad para

superar tantos años de desdicha. Por culpa de Picasso". Y luego: "Ningún miembro de mi familia pudo sustraerse, en ningún momento, al suplicio de aquel genio que necesitaba sangre para firmar cada uno de sus lienzos: la sangre de mi padre, la de mi hermano, la de mi madre, la de mi abuela, la mía y la de todos aquellos que, creyendo amar a un hombre, amaron a Picasso".

Cuesta imaginar que a la nieta de Picasso no tan sólo se le negara la entrada a la villa donde reinaba su abuelo -la misma que irónicamente heredaría en 1975-

pero, de no estar tan sólidamente atestigüado, sería demencial creer que mientras el genio producía millores con cada estornudo de colores, Marina y Pablito pasaban hambre. "Las comidas irregulares, las rebañadas de pan sin mantequilla mojadas en leche caliente, los huevos revueltos con pulpa de tomate, la pasta con salsa pobre, el arroz de los hambrientos". Picasso, por su parte, predicaba con frases raiines. Como la que sigue, precedida de una cruel carcajada retumbante: "Aprended, niños, que se puede vivir muy bien prescindiendo de todo. De zapatos, de ropa y hasta de comida. Miradme a mí, yo no necesito nada". El golpe de gracia llegaría más tarde, bajo la forma aterradora de aquello que uno nunca debería saber: "Tiempo después, mucho tiempo después, me enteraría de que los higos y dátiles rellenos de nuez que el abuelo nos ofrecía sistemáticamente en cada una de nuestras visitas se llamaban *medijos*".

Es larga la lista de víctimas directas de Picasso. Marina, la fuerte, ya está fuera. A un costo enorme. Y únicamente gracias a su entereza de mujer admirable. Los pocos momentos felices de *Picasso, mi abuelo* son descritos en un tono tan desesperadamente vivido, que no cabía esperar que la vida, una vez más, fuese tan injusta con Marina. La riqueza incomoda, está manchada, llegó tarde. Sólo la pureza de un renacer puede darle noble cauce: "Cuando uno ha pasado la infancia y la adolescencia implorando mucho amor y un poco de atención, cuando uno no ha tenido nunca ni un duro en el bolsillo, cuando uno ha sufrido llevando un apellido como quien lleva una cruz, cuando uno no tiene nada y lo ha perdido todo, heredar es una condena". Hoy por hoy Marina se dedica a rescatar niños vietnamitas de la miseria. Algunos de ellos, por adopción, ya le son propios. Accidentales bisnietos del mismo Picasso que a quien tocó destruyó.



Picasso, mi abuelo

Marina Picasso,
Editorial ParaSís,
Barcelona, 2002, 221 páginas.

Genio y bajeza [artículo] Juan Manuel Vial.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial Sanfuentes, Juan Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Genio y bajeza [artículo] Juan Manuel Vial. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile